

# Algunos rasgos del espíritu del Opus Dei

El Opus Dei está presente en la Iglesia para fomentar la búsqueda de la santidad en medio del mundo. Se exponen a continuación cuatro rasgos de su espíritu, estrechamente unidos entre sí: la filiación divina, la unidad de vida, la santificación del trabajo y la piedad doctrinal.

18/11/2022

No se distingue entre fieles laicos y ordenados, porque, como explica san

Josemaría, “en la Obra no hay dos clases de socios, clérigos y laicos: todos son y se sienten iguales, y todos viven el mismo espíritu: la santificación en el propio estado” (Conversaciones, n. 69).

## **1. Filiación divina**

«La filiación divina es el fundamento del espíritu del Opus Dei», afirmaba san Josemaría ( Es Cristo que pasa, n. 64). El bautismo nos hace hijos de Dios en Cristo, e inaugura una relación basada en la confianza en la Providencia divina, la sencillez en el trato con Dios y con los demás, un profundo sentido de la dignidad de la persona y de la fraternidad entre los hombres, un verdadero amor cristiano al mundo y a las realidades creadas por Dios, la serenidad y el optimismo.

La formación que proporciona el Opus Dei fortalece en los fieles

cristianos un vivo sentido de su condición de hijos de Dios, que impregna cada una de sus acciones y les ayuda a conducirse de acuerdo con la excelsa vocación con que han sido llamados (cfr. *Ef* 4, 1).

San Josemaría sintetizó este sentido de la filiación divina como un deseo ardiente y sincero, tierno y profundo a la vez de imitar a Jesucristo como hermanos suyos, hijos de Dios Padre, y de estar siempre en la presencia de Dios; filiación que lleva a vivir vida de fe en la Providencia, y que facilita la entrega serena y alegre a la divina Voluntad.

## **2. Unidad de vida**

“Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo” (*Ef* 4, 5), dice san Pablo para describir la realidad de la vida cristiana: la vida de los seguidores de Cristo es, y debe ser, *una sola vida*, única, unitaria. Se trata de “una

condición esencial, para los que intentan santificarse en medio de las circunstancias ordinarias de su trabajo, de sus relaciones familiares y sociales" ( Amigos de Dios, n.165).

Ante la tentación de que el cristiano disocie su relación con Dios de su comportamiento en el trabajo, la familia y las relaciones sociales – error que subrayó la Constitución *Gaudium et spes* (n. 43)–, san Josemaría predicaba con fuerza: “no hay –no existe– una contraposición entre el servicio a Dios y el servicio a los hombres; entre el ejercicio de nuestros deberes y derechos cívicos, y los religiosos; entre el empeño por construir y mejorar la ciudad temporal, y el convencimiento de que pasamos por este mundo como camino que nos lleva a la patria celeste" ( Amigos de Dios, n.165).

La formación que se imparte en la Obra conduce a orientar a Dios, a

través del cumplimiento de los propios deberes, las estructuras de la sociedad; a luchar por mantener siempre “una unidad de vida, sencilla y fuerte, en la que se funden y compenetrán todas nuestras acciones” (san Josemaría, cit. en A. Vázquez de Prada, *El Fundador del Opus Dei*, vol. II, Rialp, Madrid 2002, p. 577).

Para crecer en esta unidad de vida son necesarias la confianza en el Señor y la sinceridad de vida –con la ayuda del examen de conciencia y de la dirección espiritual personal–. Así es posible superar las discrepancias entre lo que Dios pide y el propio querer y obrar.

### **3. Santificación del trabajo**

La santificación del trabajo es *quicio* de la santificación en medio del mundo, según el espíritu del Opus Dei; además es, como decía san

Josemaría, condición *sine qua non* para el apostolado. Se trata de trabajar mucho, con perfección humana y con perfección cristiana. Es preciso además trabajar bien porque Dios quiere que nos ocupemos del mundo que Él mismo creó (cfr. *Gn* 1, 27; 2, 15), para llevar todo lo creado hacia Él (cfr. *Jn* 12, 32).

En primer lugar, se trata de trabajar con perfección humana, es decir, cuidando las cosas pequeñas, con orden, intensidad, constancia, competencia y espíritu de servicio y de colaboración con los demás; en una palabra, con profesionalidad.

Además, se debe buscar la perfección cristiana, poniendo a Dios en primer lugar, pues la vocación profesional es parte esencial de la vocación divina de cada hombre (cfr. Amigos de Dios, n. 60). Trabajando por amor a Dios y con deseo de servir a sus hermanos los hombres, el cristiano pone en

ejercicio las virtudes humanas y sobre todo la caridad, de manera que no sólo se santifica él mismo, sino que santifica el propio trabajo, que pasa a ser así auténtico medio de santidad.

Fruto directo de la unidad de vida y del trabajo santificado será el apostolado. “Para el cristiano, el apostolado resulta connatural: no es algo añadido, yuxtapuesto, externo a su actividad diaria, a su ocupación profesional” ( Es Cristo que pasa, n. 122).

## **4. Piedad doctrinal**

San Josemaría enseñaba que la piedad es el *remedio de los remedios* : una piedad honda, “doctrinal”, pues sin doctrina la vida de intimidad con Jesucristo corre el peligro de ser superficial, meramente externa y sentimental.

Doctrina y piedad no pueden existir separadamente: se necesita doctrina para alimentar la piedad, y piedad para vivificar la doctrina. De esta manera, el cristiano inmerso en las actividades temporales cuenta con un bagaje suficiente para alimentar su vida de oración, y a la vez para responder a quien le pida razón de su esperanza (cfr. *1 Pe* 3, 15), en los distintos desafíos de la vida social y profesional. “Cuídame, aunque te caigas de viejo –concluye san Josemaría– el afán de formarte más” ( Surco, n. 538).

---